

No es Dios de muertos, sino de vivos

Domingo XXXII del T. Ordinario. Ciclo C
Mab 7,1-2.9-14; Sal 16,1,5-15; 2 Tes 2,16-3,5; Lc 20,27-38

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron: «Maestro, Moisés prescribió, que, si a uno se le muere su hermano, dejando mujer sin hijos, debe tomar la mujer...»

Jesús les contestó: «Los hijos de este mundo se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de los muertos no se casarán. Asimismo, ya no pueden morir, son como ángeles e hijos de Dios, por participar en la resurrección. Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor ‘Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob’. No es Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos viven».

El segundo libro de los Macabeos cuenta: «En aquellos días, arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azotar con látigos y nervios para forzarlos a comer carne de cerdo, prohibida por la Ley... Cuando estaba para morir, dijo: «Vale la pena morir a manos de los hombres, cuando se espera que Dios mismo nos resucitará. Tú, en cambio, no resucitarás para la vida».

El libro II de los Macabeos, escrito hacia el año 124 a. de C., recoge el ambiente espiritual, causante del movimiento de los fariseos. Los griegos seléucidas obligaron a los judíos a abjurar su religión y costumbres tradicionales, lo que provocó la sublevación judía del año 167 a. de Xto. Estos siete jóvenes son un ejemplo memorable de heroísmo y de virtud, unos prototipos a imitar. El relato no exento de cierto valor histórico, refiriendo la persecución llevada a cabo por Antíoco Epífanes, se propone cimentar la fe de los judíos de Alejandría, a los que se dirige. El episodio introduciendo numerosos rasgos legendarios, resalta especialmente la heroica fidelidad de los mártires.

Es el primer texto del A.T., que afirma la fe en la resurrección de los cuerpos. El profeta Daniel (12,2-3; cf. c.11), hablando de estos hechos, sostiene también esa fe en la resurrección de la carne; la esperanza en la resurrección se confirma en el A.T. y se hace más explícita en los tiempos difíciles. Los mártires, alentados por su fe en la vida eterna, resisten firmes en el cumplimiento del deber; Dios, que les ha dado el cuerpo, tiene también poder de resucitarlo. El libro de la Sabiduría sin citar expresamente la resurrección corporal, habla de la inmortalidad (3,1-5.15), lo cual equivale a afirmar implícitamente la resurrección del hombre en cuerpo y alma. A partir de ahí, se llega a la formulación de la fe en la resurrección de los cuerpos, aunque los hebreos, frente a los filósofos griegos, no hayan reconocido nunca el dualismo antropológico del cuerpo y el alma. En todo caso, la verdad de la resurrección de la carne, en la historia de la revelación, es una de las más tardías, pero de importancia capital, sin esa fe, toda la historia del hombre no podría remontar más allá de una historia natural, en la que prima únicamente la especie y perecen las personas. Sin esa fe, que redime a los vencidos de la muerte, rige únicamente la ley del más fuerte y campean sólo los vencedores; la supervivencia humana vendría a justificar todos los crímenes. San Pablo fundamenta esa fe en la Resurrección de Jesucristo.

Salmo responsorial invoca: "Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor. Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores, presta oído a mi súplica, que en mis labios no hay engaño".

San Pablo a los Tesalonicenses dice: "Que Jesucristo, Nuestro Señor, y Dios, Nuestro Padre, que nos ha amado tanto y nos ha regalado un consuelo permanente y una gran esperanza, os consuele internamente y os dé fuerza para toda clase de palabras y de obras buenas..."

Explica el Apóstol que la fe "no es de todos", es un don gratuito de Dios (Ef 2,8), no todos llegan a la fe. Con ello, no está diciendo que Dios limite de ninguna manera la libre actuación humana, sino que no todos los hombres se abren de igual modo al don de Dios. Dios quiere la salvación de todos los hombres y que lleguen al conocimiento de la verdad, pero, la respuesta al Evangelio es un acto libre (Rm 10,16) que el hombre puede rehusar. Que haya tantos "perversos" y "malos", tal vez, sea por la falta de un "consuelo permanente" y una "esperanza firme".

Los cristianos deben predicar la Palabra de Dios "para que, en avance glorioso, se propague y sea acogida libremente por los hombres. El Señor, que es fiel, da fuerzas para cumplir la misión y libra del mal. El Apóstol es consciente de que la predicación evangélica provoca a veces un rechazo y violencia. La palabra de Dios llega y es glorificada en cuanto los hombres responden a ella con la obediencia de la fe. Pide perseverancia en la fe, inserta en el amor a Dios y da un mensaje de esperanza; la vida cristiana es lucha y dificultad, pero, Dios, que nos ama, concede consuelo y gozosa esperanza, y, con ello, las fuerzas para el bien y para anunciar el Evangelio.

El evangelio según san Lucas, coincidente con los de Mc y de Mt, relata ya, al final de la vida pública, entre las distintas controversias mantenidas por Jesús, ésta con los saduceos, unos personajes relevantes de Jerusalén, que conformaban más un partido político, que una secta religiosa. En ella, militaban los sumos sacerdotes, la aristocracia laica y sacerdotal; eran los "colaboracionistas" de la ocupación romana de Palestina y receptivos de la cultura helenística. Su única base doctrinal consistía en el Pentateuco, los cinco libros de la Torá, que era la única ley que admitían y consideraban válida, por lo que negaban la resurrección de los cuerpos. Al no figurar en su ley, rechazaban la idea de la resurrección, que formaba parte de la espera mesiánica y escatológica, como también la inmortalidad del alma.

Un grupo de ellos, con intención taimada de dejarlo en ridículo, se acercan al Maestro con una historia extraña, sobre las disposiciones de la ley de "levirato" (Dt 25,5; Gn 38,8). La finalidad de la misma era asegurar la descendencia y la continuidad del nombre familiar e impedir que los bienes salieran de la familia. La mujer, por ser una posesión que quedaba dentro de la familia, casándose con un hermano de su marido, no era legalmente viuda, permanecía en la misma casa, sometida a la autoridad del padre del difunto. Tal vez, se trate de una objeción típica de las diatribas de los saduceos con los fariseos, que sí creían en la resurrección. Jesús les da la explicación y denuncia la gran ignorancia de sus adversarios sobre la Sagrada Escritura, que no dice nunca que la vida futura del resucitado sea igual que la terrena. Añádese, que Dios Omnipotente puede resucitar a los muertos y asegurar la supervivencia de la humanidad glorificada.

Expuesto el argumento, Jesús recurriendo al Ex 3,6 y siguiendo el procedimiento rabínico, ofrece una razón positiva en favor de la Resurrección. Hay en el A.T. otros textos más explícitos sobre la resurrección, pero Jesús acude al Pentateuco, por ser la única autoridad doctrinal aceptada por los saduceos. La fuerza de esa razón está en que la Palabra de Dios con sus promesas a los patriarcas no valdría nada, si Dios no los salvara de la muerte; y si salva, Dios es un Dios de vivos y no de muertos.

La respuesta de Jesús enlaza con la tesis farisea sobre el asunto. De ahí, que Lucas recoge, al final de la perícopa, la aprobación de unos fariseos: 'Bien dicho, Maestro' (Lc 20,39). La existencia humana será diferente en el más allá, su condición característica está

en no morir, por tanto se hace innecesaria la procreación. Se resuelve así el problema matrimonial aducido, irónicamente, por los saduceos.

Jesús sustenta su respuesta, no en la tradición popular, sino en lo más hondo de la Ley; creer en un Dios de vivos supone creer en una forma permanente de vida con Él: la resurrección; son hijos de Dios, por tanto son parte de la Divinidad. Esto destruye el absurdo propuesto por los saduceos.

Es un antropomorfismo inconsistente pensar en la resurrección como continuación de esta vida. Un hecho tan esencialmente incomprensible para el hombre, requiere una disposición de fe. En el ámbito de Dios, es preciso abrirse a lo maravilloso y extraordinario. Con la alusión a los ángeles, Jesús critica la concepción demasiado material de la resurrección de los fariseos. Resucitar es una forma de vida (cf. Mt 18,10), una condición diferente; es anegarse en la realidad de lo divino, que tendrá su total cumplimiento el día último.

Los saduceos no creían en otra vida, más que la presente. Jesús, refutando su concepción miope y concreta, presenta la sagrada realidad de la vida, sin restricciones ni limitaciones temporales. Jesús fundamenta su posición en que la esencia de la vida no está en el hombre, sino en Dios, y Dios es vida sin contenciones ni reducciones. Nuestro conocimiento de la vida es sólo aproximativo y analógico y así es todo modo humano de conocer a Dios. Al hablar de la vida en plenitud, no se puede hacer siguiendo los módulos conocidos, simplemente porque no los tenemos. Contamos con la imaginación, la fantasía y la creación poética. ¡Y la vida es también poesía!

Dios es Dios de vivos, no de muertos. Resucitar es vivir en Dios, en la comunión interpersonal. La fe en la resurrección reside en creer en la omnipotencia de Dios; el Dios de la creación, tiene poder para crearlo todo nuevo. El creyente no debe perderse en el dédalo racionalista de la fantasía humana. Y, en efecto, Dios, un Dios de vivos, se presenta a Moisés como "el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob". La fe, para Jesús, no es "una proyección de este mundo en otro extraño creado por la fantasía"; la fe es una apertura a Dios y permite que el Todopoderoso realice maravillas, 'ha hecho cosas grandes en mí (Lc 1,49) y cree realidades insospechadas para el hombre y totalmente nuevas, que transforman todo el ser humano.

Camilo Valverde Mudarra